

RASGOS DE LO LITERARIO EN *NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DE LAS AMAZONAS*, DEL PADRE C. DE ACUÑA

TRAÇOS LITERÁRIOS EM *NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL RÍO DE LAS AMAZONAS*, DO PADRE C. DE ACUÑA

Amanda F. Guethi (UFSCar) ¹

RESUMO: Textos coloniais como este nos são apresentados como pertencentes ao cânone literário e, por vezes, como textos informativos, sem caráter artístico e literário. Com este trabalho, buscamos apresentar traços literários no texto colonial *Nuevo descubrimiento del Río de las Amazonas*, do Padre Cristóbal de Acuña, de 1639, como parte da construção ficcional que dá sustentação à narrativa, legitimando a voz europeia e a colonização.

PALAVRAS-CHAVE: Traços literários. Colonização. Hispano-américa.

ABSTRACT: Colonial texts like these are presented to us as belonging to the literary canon and sometimes as informative texts, without any artistic or literary aspect. With this work, we try to present literary traces in the colonial text *Nuevo descubrimiento del Río de las Amazonas*, by Padre Cristóbal de Acuña, printed in 1639, as part of the fictional construction that sustains the narrative, legitimizing the european voice and the colonization.

KEYWORDS: Literary traces. Colonization. Hispan America.

O que se vive não se diz sem que se
constitua um ponto de vista.
(Alfredo Bosi)

Hay, de manera general, con respecto a las culturas formadas por un doble origen, una discusión sobre su lugar como *cultura de relación*. Se preguntan los estudiosos si existe, de hecho, este lugar, si hay una organización interna distinta debida a su formación; sobre la existencia de factores que estén envueltos en tal formación (históricos, lingüísticos, sociales) y que resultan determinantes en un momento posterior de posible estabilidad o consolidación sociocultural. Además de posiblemente haber una *cultura de relación* formada por un doble origen, hay otra relación importante que debe ser observada (adentro de esa relación de dos que proyectan una tercera y nueva) que es el contacto que implica en dominación.

El ejemplo, que es objeto de este trabajo, es el encuentro del elemento español que llega y el elemento nativo de América que lo recibe. Por cuestiones históricas ya sabidas, ese contacto se mantuvo por siglos y muy bien dibujado en sus reglas y funcionamientos: colonizador-dominador y colonizado-dominado – lo que possibilitó una ocupación a principio territorial, que se volvió en una ocupación también cultural por intermedio de la lengua. A partir de ahí, hay una anulación casi total del universo

¹ Aluna do 6º período de graduação do curso de Letras Português-Espanhol da Universidade Federal de São Carlos. E-mail: a.guethi@gmail.com.

cultural y social amerindio, de lo que ya estaba construido antes de 1492 y despacio se fue volviendo en un bloque de tonos y toques cada vez más europeos.

En la literatura – impuesta al principio y que se va construyendo a lo largo de los siglos – tenemos un reflejo más, en el cual se ve nítidamente puesto el modelo (estructura) europeo de narrativa, además de la temática, impregnada de visiones fantásticas de América como el paraíso bíblico prometido a los fieles, o las imágenes de tierras ficcionales existentes en novelas de caballería típicas de la Edad Media, donde está ubicado el imaginario europeo de ese periodo. El Medioevo es marco de realizaciones importantes para el hombre del siglo XVII, aunque el espíritu del Renacimiento fuera el mote para la empresa expansionista y llegada a nuevas tierras.

Enrique A. Imbert (2003: 17-8) nos indica la influencia del Medioevo en la creación textual en los primeros decenios de colonización en América, apuntando como poseedores de gran fuerza de expresión y gran prestigio (en su mayoría en lengua castellana) el teatro y la crónica. Imbert aun afirma el motivo del imaginario medieval estar tan presente en ese momento, y algunos de sus rasgos en el texto colonial:

Venían de España, donde el Renacimiento no abandonó el legado medieval; venían del pueblo, lento en sus cambios y aunque vinieran de las clases cultas, no eran contemplativos y creadores de belleza, sino hombres de acción. [...] Crónicas sin arquitectura, fluidas, sueltas, complejas, libres, desproporcionadas, donde las anécdotas realistas acuden de un lado y los símbolos cristianos de otro, como en una conversación humana.

Además de discutir la influencia del Medioevo en la escritura europea en tierras americanas, Imbert introduce de manera sencilla algo a más que hay en los textos pertenecientes al periodo colonial. El autor apunta en su libro *Historia de la Literatura Hispanoamericana I* las impresiones de los colonizadores ante lo nuevo y su transporte hacia los textos, que dejó en ellos rasgos distintos de lo que generalmente se ve en crónicas de carácter histórico e informativo. Más adelante, por la mirada de otro estudioso, veremos que, si estudiados de manera más profundizada, tales rasgos se nos revelan intenciones importantes para el entendimiento total de las obras y de los contextos en los cuales estaban envueltos los discursos, los sitios donde fueron escritos y para donde fueron a “informar”. Comenta Imbert (2003: 18):

A pesar de su aparente medievalismo, sin embargo, los cronistas dieron a sus páginas una nueva clase de vitalidad, de emoción anticonvencional, sea porque espontáneamente y casi sin educación escribían lo que habían vivido o porque, por cultos que fueran, dejaron que las maravillas del mundo los exaltaran.

En ese contexto, Pupo-Walker (1982: 23-5) fija una mirada más crítica y preocupada en esos rasgos, y nos apunta en su estudio huellas de “lo literario” en los relatos de la descubierta que, si no percibidas por quienes los lee, pueden ofrecer una lectura documental apenas histórica, que esconde datos históricos significativos y, principalmente, discursivos que marcan el habla colonizadora y su forma de pensar el mundo alrededor:

[...] propongo que toda exploración imaginativa de los textos supone – en grados diversos – que el discurso histórico lo genera un proceso de *interacción* entre el relator y su marco cultural. Esa noción presupone, por consiguiente, que la estructura narrativa será en buena medida una *esquemización* de la mentalidad del narrador y de los valores culturales que informan su pensamiento. [...] Según las variantes del acontecimiento descrito, la crónica, en sus relaciones contextuales, designa factores socioeconómicos y estereotipos antropológicos que radican en el plano *denotativo* del discurso. [...] Sostengo, por tanto, la necesidad de afrontar también (sobre todo en el siglo XVI) las *relaciones personalizadas* que nos conducen a la recuperación creativa del pasado. Entre otras cosas, confirmaremos que en esos segmentos ficcionalizados el discurso responde a una selectividad muy precisa, pero que no está regida exclusivamente por el prurito documental. Lo que ocurre en tales casos es que el escritor se sirve del acontecimiento o el dato para lograr una ascendiente *potenciación expresiva de lo narrado*. [...] La escritura ejecutada desde el impulso imaginativo crea, en consecuencia, un sistema independiente de relaciones que transponen los signos culturales para infiltrar en la obra *connotaciones suplementarias*. [...] En parte es así porque la fabulación no sólo *refleja*, sino que *refracta* el material elegido.

De esa manera, el crítico va dibujando su posición ante los desdoblamientos de los discursos en los textos y fija su tesis que explicita una vocación literaria en el pensamiento histórico en América a través del desarrollo de la prosa de ficción en los siglos de la descubierta y colonización. En su estudio desconstruye la idea de la imparcialidad en los textos del descubrimiento, siendo que ellos, muchas veces, nos son presentados como informativos, de carácter más histórico-documental que literario; apunta la existencia de intenciones (sociales, históricas, religiosas) implícitas en la narrativa, tan olvidadas cuanto la *voz discursiva única* que proyecta su imaginario y lo disfraza por estrategias ficcionales a veces comprendidas como falta de estilo o características pertenecientes a un relato cargado de medievalismo e típicamente histórico.

Esa idea nos vuelve a Imbert (1982), cuando discurre sobre los relatos de los viajes de Colón. Dice que aquel imaginario de marco medieval – lleno de leyendas e historias fantásticas de caballería –, del hombre del Renacimiento, ya acrecido de las imágenes de los libros de viajes marítimos (que describían tierras fabulosas y llenas de riquezas) alimentó la creatividad del aventurero Colón, haciéndole desencantarse con una tierra pobre, de hombres desnudos y aparentemente sin metales preciosos. Pero era preciso escribir algo que imprimiera “buenas impresiones”, intención estrictamente ligada a intereses políticos y económicos envueltos en el contexto de las expansiones marítimas. Había la necesidad de hacer propaganda y seguir haciendo el ya visto dibujo del pensamiento europeo a respecto de América, resultando en un relato desgarrado, que poseía rasgos conocidos de la tradición literaria europea (Imbert 2003).

A través de estas distintas visiones se levanta una duda relevante sobre la naturaleza del carácter de lo literario en las crónicas y relatos de la descubierta.

Estos textos dichos relatos de viajes, crónicas de la descubierta, fundamentaron (y todavía fundamentan) un discurso unilateral (de los colonizadores españoles y portugueses) que legitima la homogeneización de la cultura a partir del modelo de

aquella que fue introducida, legitimando, también, los motivos de las muertes de indios y europeos y tantas destrucciones. Ese discurso homogeneizador apoya las simultáneas dominaciones territorial y del universo amerindio que están puestas de manera disfrazada bajo las descripciones de la tierra e impresiones del colonizador sobre los hechos novedosos. ¿Serían estos disfraces rasgos de lo literario? ¿La aparente imparcialidad de los narradores-relatores, que sólo narran lo que ven, puede ser una estrategia narrativa de potencializar expresivamente lo narrado a fin de legitimarlo? ¿O la potenciación de la materia narrada que crean los autores es necesaria para suplir lo que le falta de realidad?

Para que intentemos contestar las cuestiones es necesario mirar más cerca los textos y buscar en ellos rasgos de creación literaria – que son el punto de este trabajo. Para ello, se seguirá la orientación de Bosi (2009: 382): “*na história da colonização ouço o diálogo não raro abafado entre escrita da mente e os impulsos da paixão; e vejo a osmose que o imaginário do poeta e do profeta entretém com as figuras da tradição*”. Empezamos por lo que le pide el Padre Acuña (1994: 38) a sus lectores: “oye a los de afuera”, porque ellos pueden comprobar lo que vas a leer.

De pronto tenemos un punto importante para el comienzo de las búsquedas: la certeza del autor de que su discurso es verdadero y, si todavía el lector tenga dudas, que vaya a preguntar a cualquier persona que no tenga nada que ver con la empresa del descubrimiento del Río de las Amazonas que sabrá lo que se pasó de hecho, o sea, lo que nos cuenta el padre Acuña en su fiel relato, del año 1639², en los Reinos del Perú. Por allá estaba como acompañante, enviado por Dios y por su Majestad, para relatar con fidelidad – a la Corona Española y a la Santa Iglesia Católica – los hechos de la empresa comandada por Pedro Teixeira, en la cual se descubrió el Río de las Amazonas.

Este fragmento que nos sirvió de punto de partida se halla en la parte dedicada a posibles lectores, con función de un “prólogo”, que antecede los capítulos que dividen el relato. En la parte que le dedica el padre al lector, que está antes de una cláusula real y de un certificado clerical, el autor le llama “curioso” para afirmar, en seguida, bajo metáforas, que su texto fue leído para sanar las dudas que nacen ante lo nuevo:

Nacieron, curioso lector, tan hermanadas en las cosas grandes la novedad y el descrédito, que no parecen sino gemelos de un parto; y que por el mismo caso que en lo nuevo repara con cuidado la admiración, peligra el crédito en el ascenso de los más acordados (Acuña 1994: 38).

Sigue el padre autor, después de poner lo nuevo y la duda como hermanos gemelos, le explica al lector con una secuencia, casi lógica, de tono religioso, como si le plegara un sermón en una iglesia, a partir de la metáfora como forma de indicar la verdad sin explicitarla, una *verdad bíblica*:

Y aunque es verdad que la eficacia de la curiosidad natural nos inclina a saber novedades, la incertidumbre de su puntualidad priva el entendimiento del mayor deleite, de que sin duda gozara si, persuadido por lo cierto, depusiera toda la perplejidad en lo dudoso (Ibid.: loc. cit.).

² Sólo fue publicado por la imprenta en España en el año de 1641.

Asegurando, así, su responsabilidad como religioso, el padre le muestra al lector quien está narrando (su puesto), para legitimar su condición de comprometimiento con la verdad, apuntándole las cosas de que le va a contar:

Lo primero, con prometerte un nuevo mundo, naciones nuevas, reinos nuevos, ocupaciones nuevas, modo de vivir nuevo, y para decirlo en una palabra, un río de agua dulce navegado por más de mil trescientas leguas, todo, desde su nacimiento hasta su fin, lleno de novedades. Lo segundo, con ponerte delante de los ojos las obligaciones de mi persona, de religioso de la Compañía de Jesús, de sacerdote, de legado de Su Majestad, y otras, que ni a ti te importa el saberlas, ni a mí el decirlas: y si con todo esto te persuadieses a que la afición de lo que con algún cuidado trabajé me adelanta, oye a los que de afuera, con testimonios jurados, acreditan esta Relación. Vale (Ibid.: loc. cit.).

Al fin del “prólogo” al lector, se ve que el autor se preocupa con lo que puede pensar el lector, si este irá a dudar o a imaginar que es engañado, y se preocupa con la forma de desviarle de lo dudoso a través de su discurso religioso, desde su puesto de misionario, que legitima, de antemano, el discurso expansionista y aventurero, pasible de apuntamientos negativos, de errores, de crímenes (pecados) y descrédito por parte de quienes vayan a leer el relato.

Es interesante notar también que el “prólogo” al lector viene después de la dedicatoria al patrocinador de la empresa, el excelentísimo Conde Duque de Olivares, en la cual se percibe un cambio de tono, ahora de agradecimiento y vasallaje por parte del autor, explicitando el interés económico disfrazado en motivo religioso:

¿Y quién, para decirlo de una vez, sino el Excelentísimo Señor Conde Duque podrá patrocinar tan grandiosa empresa, de que depende la conversión de infinitas almas, el acrecentamiento de la Real Corona, y la defensa y guarda de todo los tesoros del Perú? [...] si de nosotros se quisiere servir Vuestra Excelencia, cuya vida prospere el cielo, con los aumentos que su persona, celo y fidelidad merecen (Acuña 1994: 36).

Después del agradecimiento y dedicación de la obra al duque, tenemos el “prólogo” al lector que es seguido por documentos oficiales que apoyan la legitimación de la veracidad de tal relato. Son ellos una carta escrita por el Capitán Mayor de la empresa, Pedro Teixeira, con nombre de certificado como la otra, escrita por el Reverendo Padre Comisario de las Mercedes, Fray Pedro de la Rúa. Sigue a estos ya dichos, una cláusula de la Provisión Real que da la audiencia del Perú en nombre de la Majestad, Felipe IV, y certifica el relato hecho por el padre Cristóbal de Acuña.

Hasta ese punto del libro, tenemos la impresión que leemos un documento oficial de la Corona Española, con certificados de autenticidad y *personajes reales* que contarán *verdades históricas*.

En secuencia a los documentos oficiales, se empieza el relato. Es dividido en capítulos nombrados, anticipando lo que va a ser narrado. Ya en el primer capítulo se lee “Noticias de este gran río”, donde el padre narra que los españoles ya habían oído en España sobre la existencia del río grande – de sus riquezas, de su extensión –lo que les permitió crear fantasías y deseos al respecto.

Sobre ello, nos apunta Núñez (2000), en su estudio, llamándole de “la idealización inicial”, afirmando que, en la mayoría de las obras escritas en los siglos XVI y XVII “se incorporan nociones falsas o deformadas acerca de los hechos históricos y geográficos, costumbres, usos y psicología de los personajes del nuevo mundo” y que “la arbitrariedad se manifiesta en todos los aspectos” (Núñez 2000: 97). Sigue diciendo que las creaciones de “cronistas, navegantes, piratas y narradores de lo que vieron o no vieron ni vivieron, no ofrecieron una imagen completa sino superficial, fragmentaria, imaginaria, deformada y sin proporciones aproximadas de las cosas americanas” (Ibid.: loc. cit.).

Siguiendo los capítulos y la idea de creación de los hechos, podemos ver en los capítulos II y III como el autor dibuja *sus personajes*. En el II, cuenta como el bueno y bravísimo Capitán Francisco de Orellana descubre el gran río de las Amazonas:

Estos deseos solicitaron el corazón de Francisco de Orellana a que el año de mil quinientos cuarenta, en cierta embarcación y con algunos compañeros, se fiase de las corrientes de este gran río (que desde entonces tomó también el nombre de Orellana), y pasando a España, por la relación que de sus grandezas dio, la cesárea majestad del emperador Carlos Quinto a poblar en real nombre [...] si bien con tan adversa fortuna que, muriéndosele la mitad de los soldados en las Canarias e Islas de Cabo Verde, con los demás que cada día se le iban disminuyendo, llegó a la boca de este gran río tan falto de gente, que le fue fuerza dejar dos navíos que hasta aquel punto había conservado, y sintiéndose con fuerzas para más, en los lanchas de buen porte que fabricó, con toda su gente, prosiguió sus intentos, entrando río arriba [...] (Acuña 1994: 52-3).

El capitán se queda como uno de los héroes, aunque sin final feliz, de esa aventura en el Río. En el capítulo que sigue, aparece uno de los villanos, un español que no sigue los principios de mantener y llevar a donde fuera el honor al rey de España y al rey celestial. Es dibujado por el padre-autor como codicioso y tirano que, por voluntad divina, tuvo lo que merecía:

[...] el tirano Lope de Aguirre, el cual levantándose no sólo por general, sino también por rey, y prosiguiendo el viaje comenzado, no permitió Dios que acertase a la principal boca por donde este gran río desagua [...] (que desdecía de la fidelidad de españoles descubrir un tirano cosa de tanta importancia a nuestro rey y señor) [...] donde por orden de Su Majestad le quitaron la vida, y le sembraron las casas de sal, que hoy día se muestran en aquellas partes (Ibid.: loc. cit.).

Adelante, en el capítulo IX, surge el gran héroe del relato, el Capitán Pedro Teixeira, y nos hace percibir las distinciones que apunta el autor entre Capitán Pedro y el tirano Lope, reafirmando el tipo de hombre que hace parte de las empresas de buena fe, por Dios y por Su Majestad, y las consecuencias para las actitudes de ambos tipos:

Para esta empresa nombró por cabeza y caudillo de todos a Pedro Teixeira, capitán por Su Majestad de los descubrimientos, persona a

Estação Literária

quien el cielo sin duda tenía escogida para esta ocasión, pues sólo su prudencia y sus obligaciones pudieron acabar lo que él trabajó e hizo, en servicio de su rey en esta jornada, no sólo con gastos y pérdidas de su hacienda, sino también con mucho dispendio de su salud, si bien nada de esto es cosa nueva en quien por tantos años que ha que sirve a su Majestad nunca ha granjeado otros intereses que dar honrada cuenta de todo lo que se ha encargado, que ha sido mucho, y en ocasiones de no poca importancia (Ibid.: 60).

En el capítulo XVI, el padre-autor narra su propio nombramiento, pero lo narra en tercera persona, así como vino haciendo – hasta el capítulo XIX, cuando empieza a narrar en primera persona –, como un observador. Los elogios comunes desaparecen y lo que surge es la reafirmación de su posición y los deberes que por ella le responsabilizan:

[...] nombró en primer lugar, para esta empresa, al Padre Cristóbal de Acuña, religioso profeso, y actual rector del colegio de la Compañía de la ciudad de Cuenca, jurisdicción de Quito; [...] Aceptado por los señores de aquella Real Audiencia el nombramiento de los dichos dos religiosos de la Compañía de Jesús, se les mandó dar una Real Provisión (cuya cláusula pusimos al principio) en que se les manda que, siendo con ella requeridos, luego al punto partan de la ciudad de San Francisco del Quito, en compañía del Capitán mayor Pedro Teixeira, y llegando a la del Pará, pasen a España a dar cuenta de todo lo que con cuidado hubieren notado en el discurso del viaje al rey nuestro señor en su real persona (Ibid.: 70).

El cambio de la posición del narrador explicita las funciones de las partes que parecen componer el relato³, de manera a atingir la verdad que le juró al lector relatar el autor.

La primera parte, compuesta de documentos oficiales y narración en tercera persona,⁴ da autenticidad a la narración, visto que lo que está narrado en tercera persona el autor no vivió, sino oyó como tantos otros, y se queda desapercibido por el peso que poseen los documentos. La segunda se empieza en el capítulo XIX, como ya dicho, donde empieza también la narración en primera persona – “dando, pues principio a ella [narración] por el nacimiento y origen de este gran río de las Amazonas [...]” (Ibid.: 76) –, cuya importancia está en fijar la veracidad de los hechos narrados por testigos reales.

El narrador-testigo es el Padre Acuña, el autor del relato, que de este momento hasta terminarlo, describe precisamente lo que va viendo, más con tonos de observación lega que técnica, pero siempre poniéndole al texto, a veces de manera sencilla, las hazañas de los españoles.

Esta observación lega que origina la narración del padre le muestra al lector, como forma de certificar la veracidad, muchas informaciones del “nuevo río”. Algunas son puestas como los nombres de los capítulos – “Su curso, latitud y longitud” (XX),

³ Esa división es mía. El libro, según mi análisis, está dividido en dos partes, cada una de ellas con un tono distinto de discurso y “rasgos literarios, por las apariciones de distintos narradores”.

⁴ Excepto la dedicatoria al Conde que lleva la firma del padre y el prólogo al lector. Su valor ya fue apuntado al comienzo de este capítulo.

“Estrechura y fondo del río” (XXI), “Clima y temple del río” (XXIX), “Riquezas de este río” (XXXIV), “Armas que usan los indios” (XXXVII), “De sus ritos y dioses que adoran” (XL) –, ellas certifican también la posición de los españoles ante lo nuevo, ante el elemento indígena y su universo, disfrazando bajo las descripciones y narración parcial, las injusticias que practicaron. El fragmento abajo pertenece al capítulo LVI, “Provincia donde se halló oro”, en el cual el autor cuenta que los indios poseían planchas pequeñas de oro en sus narices y orejas, lo que habría despertado la codicia de los soldados. Cuenta también que era infundada la imagen que tenían los indios de ellos:

De éstas [rancherías], las más hallábamos sin gente, que con nuevas falsas de que veníamos destruyendo, matando y cautivando, casi todos estaban retirados a los montes, fuera de que ellos son de suyo de naturales más *esquivos* que otros ningunos de este río (Acuña 1994: 144).

Afirma que quienes le maltrataban al indio, practicaban crueldades e injusticias eran los portugueses, que impusieron, además de la cultura por la lengua y sus costumbres, la sumisión del indio, esclavizándolo:

[...] dejar en su pueblo enarbolado el estandarte de la cruz, cosa que acostumbran hacer los portugueses entre los *gentiles*, no con tan buen celo como la acción muestra de suyo, sirviéndoles el sacrosanto palo de la cruz, levantado en alto, de título, y capa, para colorear sus mayores injusticias, como son las continuas esclavitudes de los pobrecitos indios, que, como mansos *corderos*, los llevan en rebaños a sus casas para venderlos los unos, y servirse con rigor de los otros (Ibid.: 112).

Por estos dos fragmentos percibimos como le dibuja el narrador al elemento español y algunas maneras que utiliza para desviarle al lector posibles malos hechos del europeo ante el indio. Cuando le parece conveniente dibujar los indios como bárbaros y salvajes, se lo hace el narrador. Eso ocurre siempre cuando la imagen de los españoles puede ser degenerada o parecer ambigua. Cuando no necesita de tal estrategia, les dibuja mansos como cordero, tranquilos a hora de recibir los enseñamientos cristianos. Como le conviene al narrador y a su nación, su tradición y responsabilidad, va describiendo y construyendo la cara de la nueva tierra.

Apuntamos acá, apoyados por algunos estudiosos, una de las leyendas que ya pertenecían al imaginario europeo, formado con rasgos de tradiciones anteriores al momento de la conquista – Medioevo, Antigüedad Clásica – y son puestas en el texto como observadas y confirmadas, apuntando, al mismo tiempo, lo exótico que le llama atención al europeo, la descripción del otro como distinto (monstruos y bestias, simbolizando el exotismo y paganismo) y la veracidad de lo narrado, no pasando, en realidad, de hacer la propaganda necesaria a quienes le sustentaban a la empresa.

A ese respecto Rojas Mix (1993: 149) comenta que las leyendas trasladadas a América son mitos que legitiman la conquista, poniendo el otro como distinto de la realidad europea – no civilizado, bárbaro, salvaje – además de legitimar muchos de los puntos leyendarios del imaginario europeo, incorporados “a una retórica que va a desarrollar un discurso convincente sobre el hombre y el mundo americanos: la retórica de la América imaginaria”.

Sobre el imaginario y sus fuentes sigue:

Estação Literária

El descubrimiento de América significó un enorme trasvasijamiento del imaginario europeo en las nuevas tierras descubiertas. Los mitos, las leyendas, el mundo teratológico, las quimeras, todo va a adquirir carta de ciudadanía en América, y todo va a ser buscado allí con ahínco por los rastreadores de fortuna y los cazadores de sueños. De esta forma, se produce un enorme desplazamiento geográfico del fantástico medieval, un resurgimiento del fantástico clásico e incluso un fantástico originario, que a veces parece anunciar el fantástico de la ciencia-ficción, que surgirá a fines del siglo XIX. [...] Las crónicas de viaje van a difundir que efectivamente allí, donde ningún europeo antes había puesto pie, se encontraban esos seres de los que tanto se había oído hablar. [...] Hablaban de grifos, sirenas, dragones y muchos otros seres de fábula, que deambulaban en la literatura, en los bestiarios medievales y, sobre todo, en la imaginación calenturienta y simbólica de los hombres. [...] Las fuentes de estos mitos eran antiguas leyendas. Venían de los griegos, incluso algunos desde antes” (Rojas Mix 1993: 125-6).

Rojas Mix también comenta sobre una leyenda que aparece en nuestro relato-objeto. Abajo siguen dos fragmentos sobre el Mito de las Amazonas, llevando los destaques que apuntan detalles importantes sobre el mito, su historia y simbología y sus desdoblamientos en la significación de América como pueblo:

Con el *dicho* también de estos tupinambás, *confirmamos* las largas noticias que por todo este río traíamos de las afamadas Amazonas, de quienes él [río] tomó el nombre desde sus primeros principios [...]. Y *no trato* de las graves informaciones que, por orden de la Real Audiencia de Quito, se hicieron con *los naturales que le habitaron muchos años*, de todo lo que en sus riberas contenía, en que una de las principales cosas que se *aseguraban* era el estar poblado de una provincia de *mujeres guerreras*, que sustentándose solas sin varones, con quienes no más de a ciertos tiempos tenían cohabitación, vivían en sus pueblos, cultivando sus tierras, y alcanzando con el trabajo de sus manos todo el necesario para su sustento. Tampoco hago *mención* de las que por el nuevo reino de Granada, en la ciudad de Pasto, se hicieron con *algunos indios*, y en particular con *una india*, que *dijo* haber ella misma *estado* en sus tierras donde mujeres están pobladas, *conviniendo* en *todo* lo que ya se *sabía por los primeros dichos*. Sólo echo mano de lo que *oí con mis oídos* y averigüé desde que pusimos los pies en este río (Acuña 1994: 178-9).

El [mito] de las amazonas viene directamente de la *Antigüedad* a instalarse en América [...]. Estas mujeres guerreras van a hacer su reaparición en los relatos de los cronistas de América y en los grabados que los ilustran. Simultáneamente van a reaparecer en la *literatura* del siglo XVI. [...] al fines del siglo XVI, las amazonas se van a transformar en *figuras alegóricas* del nuevo continente. [...] para los griegos el mito representaba la *contrapartida de los valores sociales*, cuestionaba el orden masculino establecido, y en este sentido *cuestionaba el modelo*

Estação Literária

social, es decir, la idea de *civilizado*. Representaba, pues, la *barbarie y era expresión de la alteridad*. De una alteridad que sólo existía como antípoda del orden establecido, puesto que todo otro orden era negado o desconocido por el mito, la religión o la *concepción de la historia*. [...] (Rojas Mix 1993: 132-8).

Lo que se percibe es una tentativa de relatar algo que fuera real, que se quiso ver, constatar y no se pudo, pero necesita ser contado como verdadero y constatado. En el fragmento que sirve de ejemplo, se ve claramente que el narrador no vio lo que está narrando, lo oyó de los indios que ya vivían en América. Es, pues, “la retórica de la América imaginaria” que legitima, le convence a quienes se debe y crea comienzo, medio y fin para el gran libro de “descubiertas misionarias del nuevo mundo”, entrelazando todo lo necesario – histórico, ficcional, mítico, legendario, originario, exótico – enfatizando el heroísmo europeo, reflejo del Medioevo y necesidades de la empresa. También a ese respecto, Núñez (2000) comenta, en su ya citado estudio sobre la idealización de los europeos por América, y discurre, brevemente, sobre las leyendas más comunes en los relatos. De cierto modo, Núñez se aproxima de lo que nos comenta Imbert (2003: 19), citado en comienzo de este trabajo. Dice Núñez (2000: 93):

La nueva tierra empieza a tener los atributos de la *tierra prometida*, del *paraíso terrenal*, y se construye imaginariamente sobre él el cuadro de una edad de oro gestora de la leyenda de El Dorado, de la leyenda de Jauja y de otras elucubraciones propias de la fantasía del Renacimiento.

Es importante notar algunos puntos en este final del libro del Padre Acuña, en el cual, para cerrarlo, el narrador describe una vez más las inmediaciones del Río de las Amazonas como si fuera la tierra que les fue prometida. La empresa del descubrimiento, en este momento de la historia, gana énfasis en su carácter de misión divina, realizada por hombres enviados por Dios, que la cumplieron como se debía, por honor a ese mismo Dios y su rey.

La imagen del paraíso terrenal, tierra prometida por Dios – amalgamada a la idea de las leyendas, de lo exótico – dan base para el discurso que utiliza el narrador para hacer propaganda de la empresa, su éxito y hazañas españolas, y una vez más justificar posibles malas actitudes (¿crueldades?) de su gente a la salvajería nativa, y que se lo hizo sólo en nombre de su rey celestial. De esa manera, justifica también todo lo que fue narrado al largo del relato, autenticando su posición como religioso, blanco y europeo en misión divina.

Los bienes que encontraron en América son reflejo de la bondad, fidelidad, bravura de los españoles y, todo lo que hallaron acá, fue recompensa a la hazaña mayor, la empresa de evangelizar (¡descubriendo!):

Éste es en suma el nuevo descubrimiento de este gran río, que encerrando en sí grandiosos *tesoros*, a *nadie excluye*; mas antes, a todo género de gente *convida* a liberal a que se aproveche de ellos. *Al pobre ofrece sustento; al trabajador, satisfacción de su trabajo; al mercader, empleos; al soldado, ocasiones de valer; al rico, mayores acrecentamientos; al noble, honras, al poderoso, estados; y al mismo rey, un nuevo imperio*. Pero quienes más interesados se han de mostrar en

esta conquista son los celosos de la *honra de Dios y bien de las almas*, pues tanta multitud de ellas está ya clamando por fieles ministros del Santo Evangelio, para que con la claridad de él se les ahuyenten las sombras de la muerte, en que hace tanto tiempo que miserables yacen. Y nadie se excuse de esta empresa, pues *para todos hay campo descubierto*, y por muchos trabajadores que se conduzcan, la mies será mayor; y siempre necesitará esta nueva viña de nuevos y fervorosos obreros para que la cultiven; hasta sujetarla toda debajo de las llaves de la *Iglesia Romana*. A que, sin duda, nuestro grande y católico rey Felipe IV, que Dios nos guarde muchos y felices años, acudirá de su parte, con la liberalidad que acostumbra en lo temporal, para el sustento de ministros tales. Y la Santidad de nuestro muy Santo padre Urbano VIII, de gloriosa memoria, como padre y cabeza que hoy es de la Iglesia, se muestra en lo espiritual no menos liberal y benigno, teniendo a grande dicha que en sus tiempos se abra anchurosa puerta para reducir al rebaño de la Iglesia, de una vez, *más naciones juntas, y más populosas, de cuantas en toda la América, desde sus primeros principios, se descubrieron* (Acuña 1994: 196-7).

Así cierra el relato el narrador, dejándonos una impresión de no seguridad si lo estamos oyendo en una iglesia, si estamos leyendo un documento, un relato sencillo de acontecimientos en secuencia, o una novela con personajes ficticios en constante búsqueda por oro, por evangelizar, por descubrir, por poder, coordinados por un ente que los crea, que los da voz. Este ente parece tener más que una cara, una para cada forma de leer el relato. Si leemos como un relato histórico, que habla sobre la gran empresa misionaria, el narrador es apenas un medio entre su Dios, el idealizador, el mote de la empresa, en quien creen los hombres del relato. Este que los creó, dio vida, voz y misiones a su favor. Si leemos como una ficción, un libro literario, percibimos que el narrador puede ser el padre-autor u otro creado por él, que también crea, con libertad – que tienen en general los narradores apoyados por la verosimilitud, importante a cualquier narración – para hacerlo, construyendo no sólo historias, sino verdades y personajes en mundos posibles.

“El arte del asombro” (Moreno 2000) – reflejo y refracción del asombro que fundó América aunque antes que se la descubrieran. Como dijo Borges: “¿Y fue por este río de sueñera y barro que las proas vinieron fundarme la patria?”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACUÑA, C. *Nuevo descubrimiento del Río de las Amazonas*. Montevideo: Oltaver, 1994.

BOSI, A. *Dialética da colonização*. 4ªed. São Paulo: Companhia das Letras, 2009.

IMBERT, E. A. *Historia de la Literatura Hispanoamericana I*. Madrid: AVZ, 2003.

MORENO, C. F. Del asombro al arte. In: _____ (Org.). *América Latina en su literatura*. 17ª ed. México, DF: Siglo Veintiuno, 2000.

NÚÑEZ, E. Lo latinoamericano en otras literaturas. In: MORENO, C. F. (Org.). *América Latina en su literatura*. 17ª ed. México, DF: Siglo Veintiuno, 2000.

PUPO-WALKER, E. Sobre el sesgo creativo de la historiografía americana: esbozos preliminares. In: _____. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América – desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Madrid: Editorial Gredos, 1982.

ROJAS MIX, M. Los Monstruos: ¿mitos de legitimación de la conquista? In: PIZARRO, A. (org.). *América Latina: Palavra, Literatura e cultura*. Vol. 1 A situação Colonial. Campinas: Editora Unicamp; São Paulo: Memorial da América Latina, 1993.

Artigo recebido em 11 de julho de 2011 e aprovado em 30 de julho de 2011